

LOS utopistas.

San Agustín,
Tomás Moro.

Otros tiempos. El

hombre integrado a ciudades y a ideas justas, morales, religiosas. Dios, la ética, la ley. El equilibrio perfecto. Sus ritos sagrados. Ficciones ecuménicas.

La "Comedia" de Dante. Poesía. Supremo equilibrio del bien y del mal. La política como expresión humana llevada al más allá. La ira, el odio, la venganza. Y la bondad y la belleza resplandecientes. Quimeras. El supremo amor. La inefable bondad. La perfección femenina. Y qué salto inmenso, desde estos ecumenistas, hasta nuestros tiempos. Las ciudades y las sociedades imaginadas hoy, sin aquellas preocupaciones divinas y terrestres, aunque persiguiendo siempre, con meta alcanzable, la felicidad del hombre. En otra dimensión. Ahora en la dimensión de la ciencia y la técnica aplicadas, de los inventos modernos, más allá del átomo.

Ciencia-ficción, sí, pero muy especial. Escritores y científicos que han imaginado cómo serán las sociedades futuras, la ciudad, el universo del hombre del mañana, valiéndose de los inventos actuales y del desarrollo previsible de la ciencia y las invenciones. Jugar con fuego. Eso. Jugar con fuego sin quemarse. Lo maravilloso de nuestro tiempo. Todo posible. El milagro. La máquina creadora. Algunas máquinas con más imaginación que el hombre mismo. La máquina de hacer sueños. De soñar. Los sistemas nuevos de imaginación, a base no de sueños antiguos, edénicos, olímpicos, sino de fantasías actuales, realizables, en parte, o en vías de realización. La sorpresa que la ciencia y la técnica nos reservan todos los días. Tan habituados estamos, que ya no nos sorprende. Es el pan diario. Sin embargo, como siempre, queda algo por alcanzar. Un más allá. La felicidad humana. El problema de ser feliz. Imaginar, basándonos en el desenvolvimiento técnico, lugares donde el ser humano se sienta dichoso, realizado, completo, auténtico, sin problemas.

Entre estos utopistas contemporáneos es grande el abanico de libros que tenemos a la mano. Algunos, pocos, conocidos; otros, familiares de los círculos que se ocupan de la ciencia aplicada a la ficción. No por curioso, sino porque nos resulta evidente, citaremos "El hombre devorador de todo", de Frederik Pohl, o sea, aquel que en un mundo de abundancia, mejor dicho de super-abundancia, tendrá que consumir cuanto se produce, a riesgo de quedar sepultado por todos estos bienes de consumo. El enfrentamiento es pavoroso. Si por un lado la industria, dado su perfeccionamiento constante, produce cada vez más, y por otro los consumidores no alcanzan a agotar los "stocks", la tierra va a quedar cubierta de objetos y cosas inverosímiles. Y de aquí, en ese libro utópico, los premios a los mejores consumidores, y el considerar como renegados o criminales aquellos que no consuman bastante. Pero el hombre no alcanzará a devorarlo todo, y es entonces que el autor imagina la

«HOMO NOVUS»

creación de "robots" consumidores, es decir, de seres que maquinalmente ayudarán al hombre a comerse los sobrantes de alimentación, a emplear los útiles o máquinas que se le ofrecen, a terminar con las existencias industriales almacenadas en millares de sótanos. La amenaza es terrible y la salvación es el "robot". Y esto después de haber participado en este proceso de comerse el mundo todos los hambrientos y desheredados de la tierra. Es después de la satisfacción de millones de apetitos, que se presentará la necesidad de buenos ciudadanos que serán buenos consumidores. No pocas veces, cuando se recorre las grandes tiendas de las grandes ciudades, nos asalta la pregunta temerosa de quién va a comprar todo lo que allí se almacena. Es una invasión de cosas y objetos que disputan al hombre su lugar en el espacio, y que poco a poco lo van expulsando. Mientras la dimensión de la vivienda se reduce, aumenta el número de elementos que necesitamos para vivir confortablemente—radio, televisor, lavadora, etcétera—, elementos que ocupan el sitio que nos correspondería, y eso que no estamos a consumo pleno, como ocurrirá cuando nuestras reducidas estancias se llenen de todo lo que se nos ofrecerá a precios irrisorios, dado que la producción será inmensa y que habrá que consumir.

La automatización ha dado nacimiento a muchas obras encaminadas a mostrarnos cómo será la vida de esa futura Humanidad liberada del trabajo. Por el hombre trabajará la máquina y en esas sociedades aquél se ocupará de su perfeccionamiento corporal y espiritual, deporte y arte, o bien de ponerse en relación con lo invisible, con otros mundos, desarrollando sus condiciones de vidente, de médium, de transmisor o receptor de pensamiento, de todas esas secretas posibilidades que ahora, ocupados en producir, no cultivamos, dejamos de lado, ignoramos. Cuando la máquina automatizada no necesite de nosotros, tendremos tiempo de cultivar nuestras relaciones a través de las misteriosas vías parasicológicas. No seremos esclavos, sino seres libres, aunque según los utopistas del automatismo el "robot" se nos impondrá,

y tratará de guiar nuestras vidas. El "robot", automatizado, también y gran cuando estemos a punto de ser ambriagados.

Otros libros de estas utopías contemporáneas, más apegados a la política, conducen a sociedades en que el socialismo y la libertad conviven. La coexistencia pacífica de todos y de uno, mediante la reglamentación minuciosa de la producción, la consumación, la propagación de la especie, todo equilibrado. Mundo de niveles que deben mantenerse para lograr la felicidad humano. Podríamos citar entre estos libros el de Sheekley, "Un pasaje para Tranai", planeta gobernado por un dictador sumamente vulnerable, ya que caso de no mantener el equilibrio entre sus súbditos éstos pueden reducirlo en migajas con sólo apretar un botón en un aparato que tienen todos los ciudadanos. Cuando pasa del millón de ciudadanos disconformes con el dictador, el millón uno apreta el botón de su aparato y el dictador, que va siempre acompañado de una carga de plástico, se volatiliza.

No pocos autores sostienen que olvidando todo lo que sabemos volveremos a ser felices. La desaparición de la ciencia, la anulación de lo conquistado en el campo técnico, el regreso a la Naturaleza, a un planeta que llamaremos "El planeta del olvido", como el bello libro de John W. Cambell, planeta en el que los habitantes, pocos por cierto, no volverán a la época de la Naturaleza en las cavernas, sino a una era de suprema perfección, ya que el uso de ciertos cristales a temperaturas diversas les permitirá una vida llena de regalias y placeres.

Pero los hombres de "dedos verdes" también tendrán en sus yemas las posibilidades de crear un universo de abundancia, extraído por completo de las plantas. Una verdadera utopía. Y quizá no, si contamos todas las modificaciones que pueden sufrir las plantas, y "cómo" cuanto ahora se produce en las fábricas puede conseguirse en huertos y jardines. Los trabajos de Gordon Pask, en Londres, y los del francés André Saint-Lague dan cabida a las hipótesis más avanzadas a este respecto.

Cabría hablar también entre las utopías del "homo novus" de las posibilidades de la vida en otros planetas, ahora que las Ciudades de Dios ya pueden situarse, extraespacialmente, en un punto de la Galaxia, de nuestra Galaxia, o de otras Galaxias, a donde llegaremos, después de conquistar la Luna, aunque antes tendremos que pensar en esa civilización utópica que se desarrollará en un lugar desconocido del Amazonas. Ahora hay más lugares donde situar al "homo novus", al hombre que sigue viviendo de utopías, de quimeras, de fábulas, de sueños. Y que en alguna parte, no desesperemos, por fin, será feliz.

LAS RATAS SON UN PELIGRO PARA SU HOGAR



EXTERMINELAS CON
RATOCIDA-IBYS 152-S

INSTITUTO IBYS - BRAVO MURILLO 53 - MADRID (3)

Miguel Angel ASTURIAS

Paris, 1968.